

La Doctrina LaRouche se debate en Egipto

por Muriel Mirak-Weissbach

Tan pronto surgió el 17 de abril la propuesta de la Doctrina LaRouche para establecer la paz en Iraq y Palestina, tuvo una gran acogida entre los círculos intelectuales y políticos del mundo árabe e islámico. El profesor Mohamed Selim, del Centro de Estudios Asiáticos de la Universidad de El Cairo, fue uno de los primeros en apoyar la idea de Lyndon LaRouche de adoptar una nueva política estadounidense para el Sudoeste de Asia. Semanas después, quien esto escribe fue invitada a presentar la propuesta en la conferencia anual del Centro.

En sus palabras de bienvenida, el profesor Selim elogió abiertamente las políticas de LaRouche. Calificándolo de la figura política estadounidense “más pro árabe”, Selim subrayó el valor de LaRouche, porque apoyó la segunda intifada palestina, “aun cuando muchos árabes no lo hicieron”. También destacó el papel dirigente que tuvo LaRouche en los Estados Unidos en la oposición a la guerra de Iraq, y elogió sus “soluciones creíbles” a esta crisis, centradas en revivir la Constitución iraquí de 1958.

Como el tema general de la conferencia era “El surgimiento de China”, la autora ubicó la doctrina de LaRouche para el Sudoeste de Asia en el marco de una necesaria política estadounidense nueva para toda Asia. En oposición directa a la actual estrategia neoconservadora de emprender “guerras permanentes” —que incluyen el uso de armas nucleares— contra países “considerados” una amenaza a la hegemonía de los EU, la política de LaRouche define el interés estratégico estadounidense en términos de garantizar la estabilidad de toda Eurasia mediante una perspectiva de desarrollo económico. Para el Sudoeste de Asia, la Doctrina LaRouche significa erigir grandes obras de infraestructura en toda la región delimitada por Siria, Turquía, Irán y Egipto. La creación de nuevas fuentes de agua mediante la desalación a gran escala, es el eje del plan de cooperación económica de LaRouche para la paz palestino-israelí (ver *Resumen ejecutivo* de la 1ª quincena de junio de 2004).

Tras definir la propuesta de LaRouche, la presentación se enfocó en los medios para hacer que Washington la adopte: entre más apoyo reciba en el mundo árabe e islámico, mayor fuerza ganará al interior de los EU en el proceso de las elecciones presidenciales primarias. El mundo no puede esperar hasta noviembre para que los EU cambien de política.

Los participantes, que fueron profesores, estudiantes, diplomáticos y periodistas, hicieron preguntas sobre aspectos específicos de la Doctrina (cuándo deben retirarse las fuerzas

de ocupación, cómo podrían los EU ganar credibilidad para un acuerdo de paz palestino-israelí, etc.), así como de la política exterior estadounidense (las relaciones entre EU y Europa, las relaciones sinoestadounidenses, la estructura de las relaciones comerciales). Pero el centro fue el proceso político estadounidense. Uno de los participantes expresó su apoyo a las ideas de LaRouche, y dijo que “quisiera que más gente en los EU hiciera lo mismo”. ¿Cuáles son las posibilidades de LaRouche en las elecciones? ¿En qué se diferencian las políticas de Kerry de las del Partido Republicano (si acaso se diferencian)? ¿Si se elige a Kerry, se acabaría con el dominio de los neoconservadores? ¿Qué papel desempeñaría LaRouche? ¿El fracaso de Bush en Iraq acarreará su derrota electoral? ¿Si hay un cambio de orientación en los EU antes de noviembre, significaría la reelección de Bush?

Las respuestas a estas y a otras preguntas relacionadas indican que nada está fijo ni predeterminado en la política estadounidense. Todo puede suceder, como demuestra la lucha faccional interna en las instituciones de los EU (los militares, el Congreso, los diplomáticos y la prensa). Uno tiene que entender la función crucial de LaRouche, que sigue definiendo la dinámica y la dirección de la lucha.

El factor Abu Ghraib

Uno de los participantes, visiblemente agitado, preguntó: “¿Qué pasó en realidad en Abu Ghraib?” Esta pregunta captura la esencia del cambio de fase que ha ocurrido en la opinión pública del mundo árabe e islámico. Si antes de conocerse la tortura sistemática practicada contra los prisioneros ya se consideraba que la guerra era ilegal, por estar basada en mentiras prefabricadas, y que no tenía nada que ver con la democracia, sino con imponer un imperio mediante guerras permanentes y demás, luego de saberse quedó claro que el carácter del partido guerrerrista no era menos que satánico, y que al vicepresidente estadounidense Dick Cheney y su pandilla sólo puede calificárseles de hombres-bestia. Nadie tuvo ninguna dificultad en entender esto, y estaban ansiosos por leer el folleto de LaRouche, *Los hijos de Satanás*, que lo documenta.

Abu Ghraib es un parteaguas para toda la región. Nadie creía que unos jóvenes soldados fueron los únicos responsables. Tales prácticas representan una política definida desde arriba, por el secretario de Defensa estadounidense Donald Rumsfeld, su subsecretario Paul Wolfowitz, Dick Cheney y otros que aún ostentan el poder. Para estos círculos, Abu Ghraib también representa que la política del “choque de civilizaciones” está andando, no sólo con un aplastante poderío militar, sino con métodos de guerra psicológica desarrollados por expertos y diseñados para contravenir los dogmas fundamentales de una religión mundial, el islam. Por último, Abu Ghraib encarna el drama de que, a no ser que se pare la guerra en Iraq —y en Palestina— y se instrumente la Doctrina LaRouche, habrá una nueva Era de Tinieblas. Nada más gráfico que las fotos de la prisión iraquí para entender esto en Occidente.

Es bajo esta luz que debe verse la escalada del conflicto en Iraq en los centros chiitas. Los combates entre las fuerzas de ocupación y las milicias del extremista chiita Moqtadar al-Sadr en Nayaf y Kerbala, las dos ciudades más sagradas para los chiitas (y para todos los musulmanes), han arreciado. En vez de procurar un acuerdo como el que funcionó en el centro sunní de la ciudad de Faluya, donde los militares iraquíes asumieron el control de la seguridad, los EU tercamente siguen en su plan pendenciero, y exigen que se arreste o asesine a Al-Sadr. El Consejo de Gobierno Transitorio de Paul Bremer insiste que Al-Sadr es responsable del asesinato, hace un año, de otro clérigo chiita aliado de los británicos y estadounidenses. Las personalidades chiitas más importantes, tanto políticas como religiosas, le han dicho a las autoridades de la ocupación que debe abandonarse el caso Al-Sadr hasta que haya un gobierno iraquí legítimo, momento en el cual puede decidirse si se presentan cargos o no. El mismo grupo de fuerzas, tanto en Iraq como en el vecino Irán, ha insistido que hay que dejarle todo el problema de Al-Sadr a la dirigencia religiosa, pero los EU de plano se han rehusado.

Tras lo de las torturas en la prisión de Abu Ghraib, las fuerzas de Al-Sadr sólo podrían recibir un mayor apoyo. El jefe de la milicia radical instó a los chiitas a ir a las dos ciudades y unirse a la resistencia. En respuesta, las mayor autoridad chiita, el ayatolá Alí Husseini al-Sistani, emitió un comunicado con un mensaje diferente: “El ayatolá Al-Sistani le pide a los ciudadanos de todas las ciudades y gobernaciones que no vayan a la ciudad santa de Nayaf, en virtud de las peligrosas circunstancias por las que la ciudad santa atraviesa”. El comunicado dice que puede haber manifestaciones pacíficas en las mezquitas de otras ciudades, para “protestar por la violación de la santidad de las dos ciudades sagradas” y de “las casas de los grandes ayatolás”. Esto último en referencia al hecho de que se le prendió fuego a la casa de Al-Sistani. La declaración también dice que “es aceptable. . . exigir el retiro de todo vestigio militar de las dos ciudades y permitirle a la policía y las fuerzas tribales desempeñar su función de preservar la seguridad y el orden”.

En pocas palabras, Al-Sistani está pidiendo llegar a un acuerdo dentro de los lineamientos del modelo Faluya, que sea coherente con el enfoque de la Doctrina LaRouche: las fuerzas de ocupación deben desembarazarse de cualquier conflicto con la población iraquí, y ceder la responsabilidad de la seguridad a las fuerzas iraquíes locales. La intervención de Al-Sistani se dio en un momento en que el conflicto armado en Nayaf y Kerbala amenazaba con violar la santidad de los santuarios chiitas. Según los informes, el 18 de mayo hubo combates a sólo unos 100 metros de los santuarios, donde se usaron lanzagranadas contra tanques estadounidenses que habían entrado a la zona. El 20 de mayo se informó que helicópteros estadounidenses dispararon misiles contra fuerzas de Al-Sadr ubicadas entre dos lugares sagrados en Kerbala. Si los santuarios se hubieran visto afectados, a Al-Sistani no le hubiera quedado de otra más que apoyar la resistencia, y la

guerra hubiera entrado a una nueva fase, comprometiendo también a las potencias de la región.

La resistencia pasiva de al-Sistani tiene el propósito de ponerle fin a la ocupación mediante un proceso congruente con el derecho internacional. Así, de hecho ha aceptado el plan de transferencia del poder programado para el 30 de junio, pero sin legitimarlo. Él ha especificado que cualquier gobierno provisional tendría poderes limitados, y que sólo un gobierno elegido de forma democrática puede de veras gobernar. El Consejo Supremo de la Revolución Islámica de Iraq (CSRII), el principal grupo político chiita de la Junta de Gobierno de Iraq, está deslindándose de su relación política con la ocupación bajo la guía de Al-Sistani.

Irán, país que acogió al CSRII durante sus años en el exilio, también ha intentado aplacar el conflicto con las milicias de Al-Sadr. El ayatolá Haeri, mentor de Al-Sadr, recientemente dejó su residencia en el centro teológico de Irán, en la ciudad de Qom, y regresó a Iraq a abrir una oficina en Nayaf para ejercer alguna influencia sobre Al-Sadr. El ministro de Relaciones Exteriores de Irán, Kamal Jarrazi, reiteró a lo largo de toda una gira por Europa a principios de mayo que los EU deben desistir de atacar a Al-Sadr. Jarrazi exigió que dejaran el asunto en manos de las autoridades religiosas.

Se desatan protestas generalizadas

La convergencia de lo de Abu Ghraib y los combates en las ciudades santas chiitas —aunada a las atrocidades de Israel en Gaza— ha desencadenado una nueva ola de protestas en toda la región. En Teherán, Qom, Esfahan y Mashad miles de iraníes iniciaron el 16 de mayo una serie de protestas contra la ocupación. En Teherán miles protestaron el 19 de mayo, y unas 3.000 personas se reunieron frente a la embajada británica (pues no hay embajada de los EU) y arrojaron bombas molotov y ladrillos. En la plaza Inghelab los manifestantes quemaron banderas israelíes, estadounidenses y británicas.

Aunque pasó desapercibido en la prensa occidental, también hubo manifestaciones en ciudades de Turquía y Egipto. El 20 de mayo el jefe del Hizbula, el jeque Nasrallah, instó a los musulmanes del mundo a manifestarse. En El Cairo fue necesario el despliegue de la policía, en especial afuera de la universidad, luego de que los estudiantes organizaron manifestaciones de protesta. El 18 de mayo se anunció que 54 miembros de la Hermandad Musulmana en Egipto fueron arrestados tras el allanamiento de sus oficinas en varias ciudades. El movimiento de oposición, que ha sido tolerado por el gobierno, ha estado muy activo organizando protestas contra la política estadounidense e israelí.

Tales manifestaciones no son sino un anticipo de lo que está por venir si los EU no plantean una solución política para la crisis del Sudoeste de Asia. Al tiempo que la ira se propaga entre la población árabe, los círculos de gobierno, los intelectuales y los órganos de difusión recurren a la Doctrina LaRouche como una fuente de esperanza.